Petros Márkaris

HASTA AQUÍ HEMOS LLEGADO

KOSTAS JARITOS

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

PETROS MÁRKARIS

HASTA AQUÍ HEMOS LLEGADO

Traducción del griego
de Ersi Marina Samará Spiliotopulu

TUSQUETS
EDITORES

Título original: Τίτλοι Τέλους *(Titloi telous)*

1.ª edición: abril de 2015

© Petros Márkaris, 2014, y Diogenes Verlag AG Zürich, 2015. Todos los derechos reservados salvo para la lengua griega.

© de la traducción: Ersi Marina Samará Spiliotopulu, 2015
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-071-3
Depósito legal: B. 3.766-2015
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

1

Me la encuentro tendida de espaldas en la calle Evelpidon, delante de la entrada del edificio de los Juzgados. Tiene los ojos cerrados. Una mujer le ha colocado el bolso bajo la cabeza, a modo de almohada. Arrodillada a su lado, la abanica con unos papeles.

Es la una de la tarde y hace un calor sofocante; no me extraña que tenga la frente perlada de sudor. Me inclino y le susurro:

—Katerina, ¿me oyes?

—Parece que el pulso es normal —me informa la mujer.

Es posible, pero Katerina ni me contesta ni abre los ojos. Siento el calor abrasador de la acera atravesándome las suelas de los zapatos y tengo miedo de que le provoque quemaduras a mi hija, aunque no me atrevo a levantarla del suelo. Un hombre trae una botella de agua. Empapo un pañuelo de papel y le refresco la frente y las mejillas.

«Las malas noticias llegan como el granizo», decía mi padre, que en paz descanse: «Cuando menos te lo esperas».

Yo estaba reunido con Guikas y con Gonatás, de la Brigada Antiterrorista, cuando nos interrumpió Stela, la secretaria de Guikas.

—Señor comisario, acaba de llamarme Kula, quiere que baje a su despacho enseguida. Es muy urgente.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, no me ha dado detalles.

Kula me esperaba en el pasillo.

—¿Qué pasa? Dime.

—Han llamado los guardias de seguridad de los Juzgados. Unos desconocidos han agredido a Katerina delante del edificio.

—¿Y dónde está ahora?

—Sigue allí. He preguntado si era grave, pero no han sabido decírmelo. Por si acaso, han llamado a una ambulancia.

—Dile a Vlasópulos que consiga un coche patrulla, rápido.

Mientras llega el coche patrulla llamo a Fanis, mi yerno. También he pensado en llamar a Adrianí, mi mujer, pero enseguida descarto esta idea. Será mejor que compruebe qué ha ocurrido in situ antes de provocar el pánico, posiblemente sin motivo.

A lo lejos oigo la sirena de la ambulancia y aprieto los dientes, mientras espero a Fanis.

—Katerina, ¿me oyes? —vuelvo a preguntarle.

—Te oigo —murmura ella esta vez, aunque sigue sin abrir los ojos.

La ambulancia se detiene ante la entrada de los Juzgados. El corrillo de curiosos se aparta y Fanis es el primero en bajar del vehículo. Me mira de reojo y se precipita hacia Katerina. Se arrodilla a su lado y le abre un ojo con los dedos. Comprueba su pulso y luego le hace la misma pregunta:

—Katerina, soy Fanis. ¿Puedes hablar?

—Me han atacado, Fanis —responde ella.

Veo que él cierra los ojos y suspira aliviado.

—Me han atacado —repite mi hija, y las lágrimas resbalan por sus mejillas.

—Sí, sí, ya lo veo —contesta Fanis con serenidad—. Ahora te llevaré conmigo al hospital y te harán unas pruebas. Sé que duele, pero pronto te sentirás mejor. —Hace una señal a los paramédicos, que tienden a Katerina en una camilla y la trasladan a la ambulancia.

—¿Es muy grave? —le pregunto, a sabiendas de que es demasiado pronto para que me responda.

—A primera vista no lo parece, pero no estaré seguro hasta haberle hecho un TAC.

Decido aplazar la llamada a mi mujer para cuando esté más tranquilo, y echo un vistazo alrededor. El espectáculo ha terminado y el público va retirándose. Sólo quedamos la señora que atendió a mi hija al principio, los dos guardias de seguridad de los Juzgados, Vlasópulos, un par de inmigrantes africanos y yo.

Un poco más allá, una mujer corpulenta que está conectada a unos cables habla por teléfono casi a gritos.

—¿Quiénes sois vosotros? —pregunta Vlasópulos a los dos africanos.

—Clientes señora Jaritos —responde uno de ellos.

—Venimos con ella a tribunal —añade el otro.

—¿De dónde sois? —les pregunto.

—De Senegal —contesta el primero.

—Tendréis que venir a comisaría a prestar declaración —les dice Vlasópulos.

Veo que uno de los guardias de seguridad saca del bolsillo de su pantalón unas esposas y se dispone a ponérselas a uno de los africanos.

—¿Qué haces? —pregunta Vlasópulos estupefacto.

—¿Quién sabe si no han sido ellos los agresores? —contesta el otro con arrogancia.

—Si hubieran sido ellos, ¿crees que se quedarían aquí esperando a que los detengamos, colega?

El guardia de seguridad parece muy cortado, intenta decir algo, pero no se le ocurre ninguna chorrada y vuelve a guardarse las esposas en el bolsillo. Su compañero, en cambio, insiste en dárselas de listo.

—Si quieres saber mi opinión, se han quedado para hacerse pasar por inocentes —le dice a Vlasópulos.

—No han sido ellos, la han atacado tus amiguitos de Amanecer Dorado —estalla la mujer de pronto—. Los he visto con mis propios ojos.

—¿Qué has dicho? ¡A ver, atrévete a repetirlo! —le espeta el guardia en actitud amenazadora.

—¡Ya basta, no es momento de discutir! —grito, y el guardia se calla—. ¿Qué ha visto exactamente? —pregunto a la mujer.

—Yo estaba en la entrada esperando a que llegara mi abogado. La chica iba acompañada por sus clientes. De repente, como salidos de la nada, han aparecido dos jóvenes con camisetas negras en moto. Se han subido a la acera, uno de ellos ha saltado de la moto, se ha abalanzado sobre la chica y ha empezado a pegarle con un puño americano. Los dos africanos han

querido ayudarla, pero el otro, el de la moto, les ha gritado: «¡Si os movéis, os mato, negratas!». Cuando la chica ha caído al suelo el tipo la ha dejado en paz, se ha subido a la moto y ambos se han perdido entre el tráfico.

—Y vosotros, ¿no habéis visto nada? —pregunta Vlasópulos a los guardias de seguridad.

—Nosotros estábamos a lo nuestro. Y aunque hubiéramos visto algo, como siempre hay tanta gente en la entrada no nos habría llamado la atención.

—Tampoco hemos oído gritos —añade el otro.

—Es verdad —confirma la mujer—. Yo tampoco he gritado, porque tenía miedo de que me agredieran también.

—¿No se habrá fijado, por casualidad, en la matrícula de la moto? —inquiero.

—Tal como se ha parado, no se veía la matrícula. Luego el conductor ha salido disparado.

Vlasópulos se acerca a la mujer conectada con auriculares al móvil para ver si averigua algo más.

—No, yo he llegado después del incidente —contesta, y añade—: Y ésa, pobre, ¿para qué querrá clientes negros? ¿Es que no le gustan los de nuestro país?

Antes enchufábamos a los enfermos a los aparatos para curarlos, ahora nos enchufamos solos a los móviles para acabar soltando tonterías.

Los dos africanos tampoco se habían fijado en la matrícula.

—Nosotros fijarnos en Katerina —explica uno de ellos.

—Vosotros dos me entregaréis un informe por escrito —ordeno a los guardias de los Juzgados. Luego me vuelvo hacia los otros tres—: Y vosotros iréis a Jefatura con el suboficial para prestar declaración.

—¿No podría ir mañana? —pregunta la mujer—. Si me aplazan el juicio, tendré que esperar seis meses, y eso si tengo suerte.

Vlasópulos le toma los datos y le dice que se pase por Jefatura mañana por la mañana. Los dos africanos se irán con él en el coche patrulla.

—¿Viene usted también, comisario? —me pregunta Vlasópulos.

—No, yo voy al hospital.

Antes de irme busco una esquina tranquila y telefoneo a Adrianí. Me esfuerzo por describirle la situación con el mayor tacto posible.

—Así, a primera vista, no parece nada preocupante.

—¿Dónde está ahora?

—Se la ha llevado Fanis para hacerle unas pruebas, por si acaso. —Ni menciono la ambulancia.

—¿No hay policía en los Juzgados? —pregunta mi mujer.

—Sí, pero la han atacado fuera, en la acera.

—Voy al hospital.

—Vale, nos vemos allí —respondo, y paro un taxi.

Dos dudas me atormentan a lo largo del trayecto. La primera: ¿cómo sabían esos matones que Katerina tenía un juicio esta mañana? Una explicación, la más sencilla, es que la han seguido y han entrado en acción en cuanto la han visto llegar a la calle Evelpidon.

La otra posibilidad, más complicada, es que tienen informadores dentro de los Juzgados y que esta gente los ha avisado. Prefiero la primera explicación, porque es más razonable y también menos peligrosa.

La segunda duda es dónde estaban sus «guardaespaldas». Hace meses que Katerina recibe amenazas de los miembros de Amanecer Dorado, porque defiende judicialmente a muchos inmigrantes. Zisis le había enviado unos vejestorios del centro para indigentes, pensando que los extremistas no se atreverían a atacar a unos ancianos a fin de no perder apoyos entre la opinión pública. Hoy, sin embargo, los ancianos no estaban con ella. ¿Por qué? Esto sólo podrá explicárnoslo la propia Katerina, cuando se encuentre en condiciones de hablar.

—¿Cómo ves las cosas, compañero? —me pregunta el taxista.

—Igual que tú —contesto bruscamente, porque no estoy de humor para tertulias de café, que ahora tienen lugar en los taxis, pero sin el café de rigor.

—Nos estamos yendo a pique, amigo —insiste—. Pronto vosotros, los pasajeros, seréis peces y nosotros, submarinos y os pasearemos por el fondo del mar.

2

Fanis ha ingresado a Katerina en cardiología para tenerla bajo observación. Hasta le ha conseguido una habitación individual. En el pasillo, me encuentro a Adrianí y a la compañera de despacho de Katerina, Maña, que charla con su amigo Uli, pero la habitación de mi hija está vacía.

—Se la han llevado para hacerle un TAC —explica Adrianí ante mi mirada inquisitiva—. Después quizá le hagan una resonancia magnética. Estamos esperando.

Aprovecho yo también para echar el ancla en el puerto de la angustia, pero si pensaba que la espera sería callada y circunspecta, me equivocaba de todas todas.

—Dime una cosa, ¿en este país hay o no hay policía? —exige saber mi mujer.

Hago un esfuerzo por contenerme, porque ya tengo los nervios destrozados.

—La han agredido en la entrada de los Juzgados. Si hubiera estado dentro del edificio, los guardias habrían intervenido. La policía no puede vigilar también cada acera.

—Pretendes justificar a tus colegas. Lo entiendo, pero ésa no es la cuestión. La han visto acompañada por dos negros y, cuando la han atacado, han pensado: «¡Bien hecho, se lo merecía!», abandonándola a su suerte. ¡Hasta ese punto ha llegado la policía!

Me cabreo al instante, pero sé que quizá no le falte razón.

—La policía tiene siempre la culpa de todo —replico—. Si discuten los vecinos de un bloque de pisos, la culpa es de la policía porque no llegó a tiempo para separarlos.

Maña coge a Adrianí del brazo, se aleja con ella y le dice algo en voz baja. Pienso en la suerte que tuvo Katerina al retomar su amistad con Maña. Ésta la apoyó cuando Zisis le quitó la idea de emigrar. Y la animó a abrir juntas el bufete y encontrar una salida profesional. Seguro que también ahora la apoyará, porque es una gran psicóloga y sabe lo que debe hacer. Siempre que Katerina no haya sufrido secuelas importantes.

Llamo a Zisis al centro para indigentes a fin de ponerle al corriente de los hechos. Él me escucha sin interrumpirme y al final pregunta con un hilo de voz:

—¿Es muy grave?

—Todavía no lo sabemos. Le están haciendo un TAC.

—Vale, voy para allá.

—Antes de que vengas quería preguntarte algo. Los guardaespaldas que le habías asignado no estaban hoy con ella. ¿Sabes por qué?

—Cuando esta mañana los he visto en el centro, les he preguntado por qué no estaban con Katerina y me han dicho que hoy no los necesitaba. Pasa a menudo, así que no le he dado demasiada importancia.

Quizá pase a menudo, pero aun así algo no encaja. Normalmente, Katerina no utiliza a su escolta cuando tiene que trabajar en el despacho, pero es imposible que no supiera que hoy tenía un juicio. Entonces, ¿por qué dijo que no los necesitaba?

En el pasillo aparece la camilla con Katerina, interrumpiendo los pensamientos que me atormentan. Fanis, sujetándola de una mano, camina a su lado. Katerina tiene los ojos abiertos, nos mira y sonríe débilmente.

Doy un paso para acercarme a ella, pero se me adelanta Adrianí, abalanzándose impetuosamente.

—¿Cómo estás, hija mía? —pregunta.

Está a punto de abrazarla, pero Fanis la detiene.

—Está bien, Adrianí. Pero ten un poco de paciencia y deja que la acomodemos en su habitación.

Por su expresión deduzco que Fanis dice la verdad. Los enfermeros colocan a Katerina en la cama. Adrianí intenta un se-

gundo asalto, esta vez para entrar en la habitación, pero Fanis vuelve a impedírselo.

—Todos en la habitación, no, Adrianí. Katerina lo ha pasado mal y necesita descansar. —Hace una pausa antes de añadir—: Sólo puede entrar Maña.

—Soy su madre, Fanis —protesta mi mujer, indignada.

—Ya lo sé. Maña no ocupará tu lugar. Sencillamente, Katerina no ha abierto la boca todavía y es importante que hable. Le será más fácil hacerlo con una psicóloga.

Fanis entra en la habitación con Maña y cierra la puerta.

El anuncio de Fanis de que Katerina no tiene nada grave me tranquiliza y espero con paciencia el momento de poder hablar con mi hija. Me acerco a Adrianí y la tomo del brazo.

—No ha sufrido heridas graves y eso es lo importante —le digo—. Ya tendremos tiempo de verla cuando se haya tranquilizado.

—Soy su madre y me duele en el alma ver a mi hija en una camilla. Y mi yerno no puede prohibirme que hable con ella.

Por suerte, no tengo que consolarla, porque Fanis sale de la habitación y viene hacia nosotros.

—Las heridas son superficiales —nos explica—. Una ligera conmoción por un golpe que, por suerte, no le ha dado de lleno en la cabeza. Y algunas contusiones en la espalda y las costillas, principalmente. Eso es todo. Le duele, claro, pero se le pasará. Hoy se quedará en el hospital en observación y mañana podrá irse a casa. —Se vuelve hacia Adrianí—: El problema es que está en estado de shock y no quiere hablar. Por eso he querido que la viera Maña primero. No era mi intención ofenderte —le dice en su característico tono sosegado.

Adrianí se echa en sus brazos y empieza a llorar.

—Vamos, tranquila —la consuela él—. No es grave, te lo prometo.

Adrianí sigue abrazada a Fanis, sollozando desconsoladamente.

Entonces aparece Zisis. Al ver a Adrianí llorar en brazos de Fanis, se queda petrificado.

—No te asustes. Es que Adrianí no podía más —le explico.

Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, Adrianí deja de llorar, se desprende del abrazo de Fanis y se enjuga las lágrimas con las manos.

—Estoy bien, Lambros, no pasa nada. Ya me siento mejor —le dice a Zisis.

—¿Cómo ha sucedido? —pregunta.

Le cuento lo que he averiguado a partir de los testigos.

Uli se nos ha acercado para enterarse también de los pormenores. En los dos años que lleva viviendo en Grecia con Maña ha aprendido bastante griego para entender lo que se dice y hacerse entender, más o menos.

—Los neonazis alemanes atacan a los turcos, los paquistaníes, los griegos... Pero a los alemanes no —comenta—. Los neonazis griegos atacan a los griegos. Lo hacéis todo mal —concluye.

Desde el momento en que he visto a Katerina tendida en la acera he buscado desesperadamente a alguien con quien desfogarme y ese alguien va a ser Uli.

—¡Te has adaptado muy bien a la vida en Grecia, pero aún piensas como un alemán! —le grito enfurecido—. Dinos dónde celebran seminarios de formación los neonazis alemanes y mandaremos a los nuestros para que aprendan a comportarse.

Zisis me coge del brazo para tratar de calmarme.

—Déjalo. Los alemanes no entienden nuestros esfuerzos por modernizarnos.

—¿Y eso a qué viene? —pregunto sorprendido.

—Durante la ocupación alemana, a esos canallas los llamábamos colaboradores. Ahora, neonazis. Es la modernización a la griega, pero los alemanes no lo pillan.

Se abre la puerta de la habitación de Katerina y sale Maña. Todos nos precipitamos hacia ella.

—Adrianí, entra a verla pero sin llantos ni lamentos. Katerina tiene que descansar. —Espera hasta que Adrianí está dentro y luego nos dice a nosotros—: Las buenas noticias ya os las ha dado Fanis.

—¿Hay malas? —pregunta éste preocupado.

—No, aunque le llevará su tiempo superar el shock —explica Maña—. Una cosa es saber que puedes ser víctima de una

agresión y otra cosa serlo de verdad. Añadamos a eso que había gente a su alrededor que se ha limitado a mirar, sin que nadie intentara detener a los agresores. Eso agrava su estado.

—Mañana se irá a casa —dice Fanis—. Se quedará unos días con su madre, para que la cuide y descanse.

—De eso nada. Debe volver al trabajo cuanto antes —repone Maña categóricamente—. Es mejor que se convenza de que lo de hoy ha sido un accidente y no va a tener repercusiones en su vida. Si se queda en casa dándole vueltas a lo ocurrido, será peor. Además, en el despacho estaré yo para apoyarla.

Una enfermera entra en la habitación de Katerina con el carrito de medicamentos y Adrianí tiene que salir.

—Me parece que está bien —dice aliviada—. Claro que se echa a llorar en cuanto abre la boca, pero se le pasará. Llorar relaja. —Ya ha soltado su particular análisis psicológico, como si quisiera llevar la contraria a Maña—. Entra tú también a verla.

Hago una seña a Zisis para que venga conmigo, porque sé que Katerina se alegrará de verlo. Me acerco a mi hija y le cojo la mano que descansa encima de la sábana, mientras con la otra le acaricio el cabello. Zisis se queda discretamente junto a la puerta.

—Nadie, papá... —susurra ella—. Todo el mundo ha visto cómo me pegaba con un puño americano y nadie ha movido un dedo. Y había tanta gente... No les habría costado nada detenerle. —Las lágrimas le arrasan los ojos.

—Hay gente que está de su lado y otra que no —dice Zisis desde la puerta—. Pero el resto no está a favor ni en contra. La mayoría no quiere meterse en líos con esa gentuza, Katerina.

—Hija mía, ¿puedo hacerte una pregunta? ¿Por qué no llevabas a tus guardaespaldas?

A la vez que pregunto, maldigo al poli que llevo dentro, que no es capaz de contenerse, pero ya es tarde.

—¿Cómo iba a llevarlos? Caía un sol de justicia y temía que se deshidratasen antes de que acabara el juicio.

—Podrías haberles comprado un botellín de agua del quiosco y que te esperaran sentados a la sombra. No les habría pasado nada —tercia Zisis—. A partir de mañana irán contigo a donde vayas. Aunque sea al quiosco a comprar el periódico.

—¿Así te pegaban a ti también, tío Lambros? —le pregunta Katerina.

—Ya que he pasado media vida recibiendo palos, te diré algo: debes seguir haciendo aquello en lo que crees y no dejar de decirte «No, cabrones, no os saldréis con la vuestra». Sólo hay una cosa que no debes hacer.

—¿Cuál?

—No permitas que el odio pueda contigo. La obstinación en hacer lo correcto te ayudará. El odio acabará consumiéndote y te llevará por caminos equivocados.

Se acerca a la cama, se agacha y la besa suavemente en la frente. Katerina le aprieta la mano. Viéndoles así, me pregunto si Zisis no habría sido mejor padre que yo para ella. Al menos, en momentos como éste.

—Eso es lo único que me asusta —dice Zisis cuando salimos de nuevo al pasillo.

—¿El qué?

—El odio. Es un gran seductor, el cabrón.

—Ahora tenéis que marcharos, que se quede sólo Adrianí para hacerle compañía —nos pide Fanis—. Si sabe que estáis todos aquí, en el pasillo, preocupados, se angustiará, y eso no le hará ningún bien.

—¿Puedo pasar la noche aquí con ella, hijo mío? —le pregunta Adrianí tímidamente.

—Sí, pero sólo si Katerina quiere.

Adrianí y Fanis entran en la habitación mientras el cuarteto restante abandonamos el hospital.